

**Pregón de la Pura y Limpia Concepción de D. Fernando Motas Perez s.j.**  
**Archicofradía de los Dolores. Málaga.**

“Quiso Dios en su grandeza,  
libre de leyes y fueros,  
y dio para defenderos  
un Decreto sin igual.  
Fue un decreto sin igual:  
ser cual nadie distinguida,  
porque fuisteis concebida  
sin pecado original.”

Así aprendí de niño (al menos así la recuerdo) una copla de Miguel Cid, del siglo XVII, en honor a la Inmaculada. “Cual nadie distinguida”. María se presenta como la totalmente otra, la más excelsa criatura: “Más que tú sólo Dios, solo Dios” como canta otra copla de aquella época.

En el siglo II ya hay propaganda judía (de la que se hace eco el filósofo Celso en su obra *“Discurso verdadero contra los cristianos”*) en la cual como, burla de Jesucristo, se dice que habría sido hijo de una judía amancebada con un soldado romano de nombre Pantera. Probablemente como reacción a estas leyendas se compone (hacia el año 150) el llamado *“Protoevangelio de Santiago”* en el que la niña María, tras un nacimiento lleno de portentos, vive en casa de sus padres en un pequeño santuario hasta que a los tres años es llevada al templo y allí custodiada hasta su matrimonio con José. Todo en su nacimiento, infancia y resto de su vida la coloca por encima de cualquier otro ser humano.

Nace así el culto a María que arraiga hondamente en el pueblo cristiano. La madre de Jesús es proclamada Madre de Dios en el Concilio de Éfeso (año 425), proclamada Siempre Virgen en el II Concilio de Constantinopla (año 553).

El fervor inmaculista es muy antiguo en España; ya en el XI Concilio de Toledo el rey visigodo Wamba ya era titulado *“Defensor de la Purísima Concepción de María”*, y Fernando III el Santo, Jaime I el Conquistador, el emperador Carlos V o Felipe II fueron fieles devotos de la Inmaculada y portaron su estandarte en sus campañas militares y Carlos III la declaró patrona de sus estados.

A partir del siglo XIV, pero sobre todo el siglo XVII la devoción a la Inmaculada toma, sobre todo en España, un auge impresionante: corporaciones, universidades y hasta ciudades (como Sevilla) hacen un “voto de sangre”: defender con la propia el dogma de la Inmaculada Concepción de María. A todo ello contribuyeron las órdenes religiosas como los franciscanos y los jesuitas que pusieron bajo su advocación las *congregaciones marianas* que se establecieron por todo el mundo.

A pesar de la posición de las iglesias protestantes sobre el culto a María, no está de más recordar que Martín Lutero, en su sermón *“Sobre el día de la Concepción de la Madre de Dios”* (del año 1527) dice: “Es dulce y piadoso creer que la infusión del alma de María se efectuó sin pecado original, de modo

que en la mismísima infusión de su alma ella fue también purificada del pecado original y adornada con los dones de Dios, recibiendo un alma pura infundida por Dios; de modo que, desde el primer momento que ella comenzó a vivir fue libre de todo pecado.”

El proceso de exaltación de María continúa tras la proclamación del Dogma de la Inmaculada por Pío IX en 1854 hasta la proclamación por Pío XII del Dogma de la Asunción de María en cuerpo y alma a los cielos en 1950.

Este último acontecimiento fue calificado por el famoso psicólogo no creyente Carl Gustav Jung como "como el acontecimiento religioso más importante después de la Reforma". Para él el misterio de la Trinidad estaba en contradicción con la estructura cuaternaria del psiquismo humano; la Asunción supone la afirmación de Cuaternidad de Dios con la incorporación del elemento femenino.

Sí, es un disparate, efectivamente. Pero el proceso de exaltación, “divinización”, podríamos decir, de María no parece tener fin. Parte importante del episcopado español propuso al Concilio Vaticano II que se proclamara a María como Corredentora y Mediadora de todas las gracias. El Concilio no tuvo en cuenta tal petición. Y podemos aquí poner una nota a pie de página diciendo que ha habido alguna escuela teológica que ha propuesto que se declare dogma de fe la inmaculada concepción de San José. Ya puestos...

Como anécdota podemos añadir que un canto a María que se ha hecho enormemente popular como es la *Salve rociera* (se cantó en el funeral de la reina Fabiola en Bruselas), se afirma: “Dios te salve María, todo el pueblo **te adora**...”. La adoración es exclusiva de Dios; esa afirmación es, teológicamente hablando, idolátrica y blasfema.

A esa María, tan exaltada, tan divinizada, tan alejada de nuestra terrena cotidianidad, ¿se puede otra cosa que admirarla desde abajo sintiéndose uno indigno de dirigirse a ella siquiera?; a esa Reina de cielos y tierra, Señora nuestra, ¿podemos cantarle “ven con nosotros al caminar...”?; ¿cómo va a caminar por donde nosotros quien tiene la luna por escabel de sus pies y está coronada por 12 estrellas?

Desde hace unos años la imagen de Ntra Sra del Pino, patrona de Gran Canaria, y por consejo de sus restauradores, es despojada de todos sus ropajes y elementos decorativos, durante unos días antes de su fiesta el 8 de septiembre. Para que la talla “respire”. Y así, en su aspecto original, es expuesta a la veneración popular. Cuando la vi por primera vez me impresionó descubrir una belleza que hasta entonces se me había ocultado artificialmente. Vi una mujer normal, sencillamente vestida, con un niño en brazos como cualquier madre lleva a su hijo. Esa visión me enamoró, percibí por primera vez su enorme belleza en la simplicidad y sencillez de una mujer de pueblo normal que Dios se eligió como Madre de su Hijo. Y pensé que el exponer así a la patrona era una parábola que me invitaba a una reflexión de nuestra relación con María.

Y es esa reflexión la que quiero compartir con ustedes esta noche.

María fue concebida sin pecado original, dice la fe de la Iglesia y así lo proclamo yo. Y declaro, con la voz popular, que fue “cual nadie distinguida”; un regalo, “un decreto sin igual” que Dios “libre de leyes y fueros” quiso hacerle.

Ahora bien. En la fe cristiana todo **don** de Dios lleva consigo aparejada una **tarea**. Don y tarea son realidades inseparables. Nunca se da el uno sin la otra.

El don de ser concebida Inmaculada (que la distingue del resto de los mortales) supuso una tarea que, esa sí, la pone a nuestro nivel. Ahí si nos encontramos con ella, ahí sí viene con nosotros al caminar.

Reflexionemos un poco.

En el primer ejercicio de la primera semana (el comienzo mismo del libro de los EE EE) Ignacio propone mirar la realidad del pecado fuera de mí, una mirada panorámica de la historia del mal en el mundo para, luego en el segundo ejercicio, analizar cuál ha sido el pecado en mi vida. Tomando plena conciencia de la realidad del mal en el mundo y en la historia, me será imposible excusarme de ser inocente, de no ser colaborador de ese mal cuando mire mi realidad.

Y el arranque del pecado lo pone Ignacio en el pecado de los ángeles: *cómo siendo ellos criados en gracia, **no se queriendo ayudar con su libertad para hazer reuerencia y obediencia a su Criador y Señor, viniendo en superbia, fueron conuertidos de gracia en malicia,...*** Recordamos las palabras de la tentación de la serpiente a Eva: *seréis como dioses, conocedores del bien y el mal...* Entendiéndolo desde el sentido de posesión y dominio que tiene el verbo “conocer” en hebreo podemos traducir: seréis como dioses, decidiréis lo que es el bien y lo que es el mal. Esa es la soberbia.

En la meditación de Dos Banderas de la segunda semana de los EE EE el caudillo de todos los enemigos exhorta a los demonios que envía a todo el mundo amonestándoles a: *hechar redes y cadenas; que primero ayan de tentar de cobdicia de rriquezas, para que más fácilmente vengan a vano honor del mundo, y después a **crescida soberuia**; de manera que el primer escalón sea de rriquezas, el 2º de honor, el 3º de soberuia, y destos tres escalones ynduze a todos los otros vicios.* Por el contrario el Sumo Capitán de los buenos envía a sus apóstoles con estas palabras: *encomendándoles que a todos quieran ayudar en traerlos, primero a summa pobreza spiritual y, si su diuina maiestad fuere seruida y los quisiere elegir, no menos a la pobreza actual; 2º, a deseo de opprobrios y menosprecios, porque destas dos cosas **se sigue la humildad**; de manera que sean tres escalones: el primero, pobreza contra rriqueza; el 2º, opprobrio o menosprecio contra el honor mundano; el 3º, humildad contra la soberuia; y destos tres escalones induzgan a todas las otras virtudes.*

Si en el origen de todo pecado está la soberbia de ser yo el único referente, de ser mis intereses lo único a tener en cuenta, en su opuesto, en la humildad está

el origen de todo bien, lo único que importa es el interés de Dios, o sea el bien de los demás.

Si la soberbia es el **pecado originante**, la humildad será el **bien originante**.

Si María obtuvo de Dios como don el privilegio de verse libre del primero, su tarea, lo que marcó cada paso de su vida fue la humildad.

El arranque de su historia personal, según el evangelio, y del culmen de la historia de la salvación fue: *Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*. Sólo quien se siente no señor sino esclavo, sólo quien se pone en disposición de escuchar una palabra que le señale el rumbo de su vida, sólo quien se pone por entero al servicio del Señor, se encuentra de verdad a sí mismo (a lo mejor de sí mismo) y se convierte en generador y creador de todo bien.

Dice Ignacio al comienzo de los EE EE: *“el hombre es criado para alabar, hazer reuerencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima”*. En la gratuidad, el respeto y el servicio a Dios – a través de los demás – es donde único puede uno salvarse, llegar a plenitud.

Así lo entendió María y por eso su primera reacción es levantarse e ir aprisa a la montaña de Judea. Aprisa porque su pariente, de edad avanzada y primeriza está ya en su sexto mes de embarazo y necesita con urgencia que le ayuden; está torpe y no puede con las tareas de la casa. Un cuerpo joven y fuerte es lo que lo que hace falta en aquella casa y para María no hay duda de que ella es la persona adecuada. Y allá que se va, aprisa. No hay tiempo que perder.

Y cuando Isabel le agradece la visita y la proclama “Madre de mi Señor”, María responde reconociendo que sólo Dios es grande y que ella se siente muy satisfecha y alegre de ser su esclava y que Dios se haya fijado en ella.

Y muestra su orgullo por todo lo que el Poderoso va a realizar por su medio. Y así, dice, va ser reconocida y felicitada por las generaciones futuras, porque se ha hecho instrumento al servicio de la Misericordia y el Poder de Dios.

Y mostrando un profundo conocimiento de cómo Dios se ha manifestado en la historia de su pueblo y toda la historia humana, sabe ver lo que nadie ve, lo que solo ven los ojos humildes y no los ojos altaneros: que la gran proeza de Dios, es ponerse de parte de los humildes frente a los soberbios, de los hambrientos frente a los ricos; de trastocar la escala de valores humana, tan lógica y racional ella, pero tan generadora de desigualdad y sufrimiento, por la escala de valores de Dios, debilidad y locura (que dirá Pablo) pero que son en verdad fortaleza y sabiduría.

Cuando nueve meses más tarde tiene que envolver a su hijo en pañales y, con profunda pena –porque ninguna madre del mundo querría tener que hacer eso– ponerlo en un miserable pesebre, su dolor se iluminará al descubrir por lo que le cuentan los pastores, que justamente eso, **pañales y pesebre**, son LA SEÑAL, de que ha llegado el Salvador, el Mesías, el Señor. Y su entendimiento

(su corazón en lenguaje bíblico) irá meditando y comprendiendo que, aunque le duela, si asumió que es esclava, tiene que aceptar que su posición está en lo más bajo, donde nadie quiere estar, porque allí (¡es la señal!) está Dios. Y seguirá meditando y aceptando que su hijo va a ser discutido y contradicho y que ello le va a atravesar el alma de dolor, como le profetiza Simeón. Y meditará y aceptará que su hijo, con tan solo 12 años ya empiece a tomar iniciativas que ella no comprende, pero una esclava no tiene que comprender sino aceptar.

Cuando su hijo ya es bien conocido y va rodeado de discípulos, es invitado a una boda; allí está ella entre el personal de servicio, entre los suyos, y percibe la falta de vino; se compadece del bochorno que va a sufrir la joven pareja. “No les queda vino” le dice, adelantándose a la situación, como hace una buena servidora. “Haced lo que él os diga”, no discutáis, no expreséis opiniones, escuchad y haced, es lo que nos toca a los sirvientes. Y solo desde la actitud de humilde servicio ocurre el milagro.

Un día le dicen que una mujer piropoó a Jesús diciéndole “dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron” y que Jesús le respondió, “dichosos más bien los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen”. Y piensa con una sonrisa interior, que su hijo le ha hecho el mejor piropo a ella, que efectivamente lo que la hace plenamente dichosa es repetirse cada día: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”.

Y llegó el momento terrible y decisivo de acompañar el tormento del hijo. Y ella a su lado, a pie firme; sin dejarse hundir por un dolor que la destroza, plantándole cara, expresándole al hijo que, desde su impotencia, allí está a su servicio, como la esclava con sus ojos puestos en las manos de su señor.

La última ocasión que la Escritura nos habla de María nos la presenta unida, como una más (no como señora en el centro, cual la pinto el Greco) orando con los seguidores de Jesús, como una seguidora más, como una creyente más esperando que el Espíritu venga sobre la comunidad, como vino sobre ella aquel día en Nazaret.

Hay una frase del teólogo alemán Karl Rahner que expresa la condición fundamental de un creyente: “Dejar a Dios ser Dios”. No pretender hacernos un dios a nuestra imagen y semejanza, proyección de nuestros anhelos muchas veces los más mezquinos. Respetar que Él es el Absolutamente Otro y que son sus valores, diametralmente opuestos a los nuestros, los que debemos nosotros asumir y no buscar que Dios piense y actúe a nuestra limitada manera.

Parafraseando esa frase se me ocurre que la condición fundamental de un devoto de María es “Dejar a María ser María”. Si ella se entendió a sí misma como esclava, ¿por qué nos empeñamos en hacerla reina?, ¿por qué proyectamos sobre ella ese sentimiento infantil de omnipotencia que todos llevamos dentro, haciéndola excelsa, inconmensurable, cuasi divina a ella que quiso estar en el último puesto como servidora?

Si ella se vio libre por don de Dios del pecado original y originante de la *crescida superbia* y vivió como tarea fundamental de su vida la humildad generadora de vida, ¿por qué no intentamos hacer de esa su tarea la nuestra?, ¿porqué en lugar de cantarle loas rivalizando en quien la engrandece más no le pedimos que nos ayude a empequeñecernos como ella?

No, no quiero pensar en una niña María aislada en un santuario doméstico, sino correteando con sus amigas, jugando en las polvorientas callejuelas de su Nazaret natal, yendo a por agua a la fuente con un cántaro mayor que ella.

Quiero orar a la mujer que en su entorno fue humildemente servicial con familiares y conocidos. Que nunca pretendió ser más que nadie.

Quiero llamar madre a quien supo respetar el misterio del hijo que había parido y, sin comprender sus acciones y actitudes, fue su más ferviente seguidora.

Hay un poema de Pedro Salinas que expresa maravillosamente el encuentro en el amor de dos personas, libres de todo añadido que no sea la persona misma. Se titula "Vivir en los pronombres".

Como hacía Teresa de Jesús en su tiempo, quiero leer este poema "*a lo divino*", expresando mi relación con María.

Para vivir no quiero  
islas, palacios, torres.  
¡Qué alegría más alta:  
vivir en los pronombres!

Quítate ya los trajes,  
las señas, los retratos;  
yo no te quiero así,  
disfrazada de otra,  
hija siempre de algo.  
Te quiero pura, libre,  
irreductible: tú.  
Sé que cuando te llame  
entre todas las gentes  
del mundo,  
sólo tú serás tú.

Y cuando me preguntes  
quién es el que te llama,  
el que te quiere suya,  
enterraré los nombres,  
los rótulos, la historia.  
Iré rompiendo todo  
lo que encima me echaron  
desde antes de nacer.  
Y vuelto ya al anónimo  
eterno del desnudo,

de la piedra, del mundo,  
te diré:  
«Yo te quiero, soy yo».